



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2017, Maite Carranza

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-257-6

Depósito legal: M-1.586-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**¡CALLA,  
CÁNDIDA,  
CALLA!**

MAITE CARRANZA

loqueleg

## ¡Calla, Cándida, calla!

Cándida había comenzado el verano con buen pie, no pensaba negarlo. Esa misma tarde se había despedido dulcemente de Garfunkel y aún paladeaba el sabor de arena de playa, de hojaldre con piñones y de música de guitarra.

Pero el verano se compone de noventa días y la verbena solo había sido el primero. Los otros ochenta y nueve que venían detrás eran un gran misterio por resolver.

Garfunkel se quedaba en la costa, con su novia oficial, y ella, la sustituta, ya estaba en casita y volvía a ser una pringada *sin novio*, para variar. Sinceramente, no tenía ni idea de cuáles eran sus planes veraniegos inmediatos porque no había tenido tiempo de pensar en ello. Entre los exámenes, la verbena y ponerse morena había cubierto sus prioridades de junio. Era una imprevisora.

Sin embargo, los padres de Cándida, que quizás estaban hechos de otra pasta, eran tan previsores que lo habían previsto todo. La misma tarde de San Juan, sin previo aviso, dejaron caer la bomba.

—Hemos decidido que mañana iréis a casa de la abuela, al pueblo, a pasar unas semanas de vacaciones.

—¿Quién? —preguntó Cándida con la voz rota por el miedo.

—Pues tú, Gustavo y Alicia. Miguelín es demasiado pequeño.

Cándida, que segundos antes flotaba en una nube de colores, quedó aturdida por el impacto de la noticia. La alegría de Alicia ahogó su grito.

8 —¡Qué bien! ¡¡¡Cómo mola!!!

Alicia tenía nueve años, dos coletas, la cabeza llena de pájaros y la habitación atestada de insectos disecados. Una pequeña sádica consentida a los ojos de Cándida. Una niña espabilada y simpática en opinión de los mayores. Cándida la habría estrangulado con sus propias manos de no haber sido porque Gustavo abrió la boca e interrumpió sus planes inmediatos.

—¿La abuela tiene internet?

—Le acaban de poner fibra óptica.

Gustavo abrió unos ojos como platos.

—¿Y podré llevar la Play?

Sus padres se miraron y dieron el visto bueno con un movimiento de cabeza.

—¡Guauuuu!

Gustavo era un friki de trece años con gafas, tenía un perro que no le hacía caso y leía a escondidas por las noches. Un ser tan simple, según Cándida, que con solo sus libros y su Play ya era asquerosamente feliz. Por unos segundos, Cándida dudó entre estrangular primero a su

hermano Gustavo o a su hermana Alicia. ¿Quién era más odioso? Optó, sin embargo, por no perder el tiempo con víctimas colaterales y atacar al enemigo de cara.

—¡Yo no voy! —soltó por si acaso.

Tenía que demostrar mucha firmeza. La guerra había comenzado.

—Claro que irás. Ya lo hemos decidido.

Se encendió.

—¿Qué quiere decir que lo habéis decidido? ¿Acaso yo no cuento? Soy una persona y tengo derecho a decidir sobre mi vida. Ya tengo quince años.

—Catorce.

Mierda, la habían pillado a la primera. ¿Qué culpa tenía de haber nacido en agosto?

—¿Y qué? Tengo casi quince, he hecho tercero de ESO. Todas mis amigas tienen quince años.

—Da lo mismo. Aunque tuvieras quince años irías igualmente.

Los años no servían. Hasta que no cumpliera los dieciocho, no valía ninguna argumentación de mayoría de edad ni de derechos constitucionales. Sus padres eran odiosamente legalistas. Cándida, a la desesperada, intentó atacar por el lado de su conciencia democrática.

—¡Sois unos dictadores! En las democracias se pregunta a la gente qué quiere hacer.

—¡¡¡Yo quiero ir!!! —gritó Alicia.

—¡Tú calla, coliflor apestosa!

Su padre puso orden.

—Estupendo, estamos en una democracia. Votemos, pues. ¿Quién vota por ir a pasar las vacaciones a casa de la abuela?

Cándida cerró los ojos. No quería ver el bosque de manos levantadas, pero se lo imaginaba. El único que tuvo la decencia de disculparse fue Gustavo.

—Lo siento, Cándida, pero la fibra óptica es una pasada.

10 No se pudo contener y estalló con la fuerza de un huracán tropical.

—¡Traidor! ¡Me habéis traicionado todos! ¡Todos estáis conjurados contra mí! Sois unos miserables...

Su madre intervino con un golpe sobre la mesa.

—¡Basta! No nos montes el numerito ahora. No te enviamos al exilio ni al gulag. Vas a un pueblo de La Rioja.

Cándida no sabía lo que era el gulag y se hacía una vaga idea de lo que significaba el exilio, pero tenía clarísimo lo que era un pueblo de La Rioja.

—Un pueblo perdido, plagado de mosquitos, de moscas, de uvas chafadas, de boñigas de vaca.

—En La Rioja no hay vacas.

—¡Pues de mierda de burro!

—¡Ya no quedan burros!

—¡De caca de perro! —gritó a la desesperada—. Y de gatos —añadió para dar más dramatismo a la imagen—. Y de gallinas y conejos... y... y... —No se le ocurrieron más animales.

En esta ocasión nadie la contradijo. Y una vez que había tomado carrerilla, continuó.

—No habrá nadie, estaré sola, incomunicada, prisionera, aislada del mundo...

—Enseguida harás amigos —intentó conciliar su padre.

—¿Ah, sí? Es muy fácil hacer amigos, claro. Sales a la calle y sueltas «¿quién quiere ser mi amigo?». Y caen amigos de las ventanas. Está chupado.

—Yo hago amigos muy deprisa. Les pregunto «¿quieres ser mi amigo?». Y siempre me dicen que sí —exclamó Alicia inoportuna.

Cándida decidió en una fracción de segundo que Alicia era la candidata ideal para ser estrangulada en primer lugar de la familia. La odiaba con todas sus fuerzas.

11

—Hay piscina, equipo de baloncesto, circo, y me parece que estos días que estaréis ahí coinciden con las fiestas, os lo pasaréis de fábula —aprovechó para decir su madre en el *impasse*.

Pero esa vez Cándida fue más rápida.

—Claro, y Cándida nadará cada día en la piscina con la abuela y sus hermanitos, participará en el campeonato de petanca y jugará con el equipo de baloncesto del pueblo. Qué bonito, ¿verdad? ¿Por qué no hacemos un anuncio de la tele como el del fuet Casa Tarradellas?

—Cándida, te estamos ofreciendo unas vacaciones.

—No quiero vacaciones, ya me quedo con Miguelín en casa.

—Miguelín tiene guardería.

—Ya me quedo sola en casa.

—No puede ser, nosotros trabajamos y no estamos para ocuparnos de una adolescente aburrida.

—Es vuestro problema, no el mío.

Su padre dio la conversación por terminada.

—Es lo que hay. Y si no te gusta, te fastidias. —Y se levantó.

12 No había cosa que enfureciese más a Cándida que el que la dejaran con la palabra en la boca. Sin derecho a réplica, sin darle la oportunidad de llorar. Hacía rato que quería llorar, pero no le salía. Le faltaba una punta de ala de mosca. Tres réplicas más y seguro que estallaba en llanto. Llorar ablanda a los padres, lo sabía perfectamente. Sonia conseguía todo lo que se proponía con cuatro lagrimitas. ¿Por qué no había aprendido?

Su madre también se levantó y Cándida se asustó. Estaba clarísimo que daban el tema por cerrado.

—¡Un momento, no podéis largaros y dejarme así! ¡Estamos dialogando!

—Ya está todo dicho.

—¿Cómo que está todo dicho? No os lo he dicho todo porque si me enviáis a casa de la abuela, me suicidaré. Sí, lo haré, porque mi vida será una porquería y nada tendrá sentido y...

—¡¡¡Calla, Cándida, calla!!!

Lo dijeron al mismo tiempo, con contundencia y convicción. Cándida calló porque sabía cuándo tenía que callar, pero la amenaza ya estaba lanzada.

El problema de las amenazas era que de una forma u otra se tenían que cumplir; si no, dejaban de ser amenazas.

Pues bien. Ellos lo habían querido. Se suicidaría. Así pasarían el resto de su vida arrepentidos y cada vez que

vieran un objeto suyo por casa —de eso no les faltaría, puesto que el rastro de Cándida se podía seguir como el de un caracol— recordarían que habían tenido una hija muy desgraciada que se había ido al otro barrio por su culpa. La escena de su padre sollozando sobre una zapa-tilla suya o de su madre lloriqueando sobre su libro de matemáticas la emocionó.

—Me quedaré tu cama.

La vocecilla aguda de Alicia la distrajo de sus proyec-ciones. Alicia, la muy vil, paseaba su mirada de urraca sobre todos los objetos codiciados de su hermana mayor.

—Y tu ordenador y tu fular azul y tus medias amari-llas y tu armario y la bolsa de deportes y... ¡¡¡Si me tocas, grito!!! —amenazó cuando las manos de Cándida ya es-taban muy cerca de su cuello—. No te pongas así. Solo será cuando te mueras y, total, muerta te dará lo mismo. No te vas a enterar...

Alicia tenía toda la razón. Ella ya no estaría y la fami-lia pasaría olímpicamente de mantener viva la llama de su recuerdo.

Cándida tuvo visiones fugaces de su futuro bajo otra óptica, la del egoísmo y la tacañería. Vio a Gustavo con su móvil y su *tablet*. A Alicia disfrazada con su ropa. A su pa-dre comentando encantado que desde que Cándida ya no estaba no se atascaba la pila del lavabo. A su madre suspi-rando de felicidad porque por fin nadie le cogía su bolsa de maquillaje. Incluso imaginó al pequeño Miguelín babeando inocentemente su pelota de baloncesto dentro del parque.

Escalofriante.

El descubrimiento la dejó helada.

No solo no la echarían de menos, sino que probablemente serían más felices sin ella.

¡Era prescindible!

La lavadora no, pero la hija adolescente sí.

14 Y de pronto recordó el trauma de Carmela Fergusson —conocida como Carmela Escarola— cuando regresó sin avisar de los Estados Unidos, donde llevaba ocho meses. Quería dar una sorpresa a sus padres y se encontró a un japonés durmiendo en su cama. Por lo visto, sus padres no la habían echado en falta y para más inri habían decidido alquilar su habitación y cambiar a la hija por un extranjero. A la madre de Carmela Escarola le dolió especialmente despedir al japonés; según ella, era un chico muy bien educado que decía siempre *arigato* y *sayonara*, que cerraba el grifo después de lavarse los dientes y que encontraba buenísimo su cocido de garbanzos. La pobre Carmela dijo que no se marcharía nunca más de casa, no fuera que sus padres adoptaran al japonés y la dejaran sin herencia.

Las intenciones de Alicia y la experiencia de Carmela Fergusson la disuadieron de llevar a cabo su proyecto. Y, pensándolo mejor, tampoco le apetecía un pimiento. Casi todas las opciones que se le ocurrían para desaparecer de este mundo eran muy desagradables.

El wasap de Natalia la distrajo.

*NATALIA - Mañana a las 4 en mi casa.*

Le cayó una lágrima. Solo una. Hizo clic sobre la pantalla del móvil y la empañó toda.

¿Cómo explicaba a Natalia que al día siguiente a las cuatro estaría recluida en un pueblo asqueroso de La Rioja en compañía de una abuela y dos niños?

La noticia sería viral, como la foto de los calzoncillos del demonio de Tasmania de Pedro Quevedo, y sería el hazmerreír de la clase.

Cuca Según, que era su peor amiga y ya tenía la maleta preparada para ir a Dublín, se mearía de la risa.

Sonia Portillo, que era la amiga que sabía de sexo y que había quedado con su novio vasco a pasar los sanfermines en Pamplona, le diría «pobrecita» y le restregaría por los morros los besos que se daba con Iban.

Natalia Cortina, que era su mejor amiga y que iba al chالé de la costa con sus hermanas mayores, la compadecería y le enviaría fotos de Garfunkel en bermudas —el novio de su hermana— para alegrarle la vista.

¡NOOOOOOOO!

No podría soportarlo.

Observó impasible la pantalla empañada y fue leyendo cómo todas sus amiguísimas iban respondiendo con *OK* y *hasta mañana*.

¿Qué decía? ¿Qué decía?

Puesto que no sabía qué decir, decidió en un arrebato no decir nada. Si no decía nada, nadie sabría nada y de esa forma no podrían compadecerse de ella y su triste destino.

GENIAL.

Desaparecería. Sería una amiga *MISSING* y su desaparición se convertiría en *trending topic* del verano. ¿Dónde

está Cándida? ¿Con quién está Cándida? ¿Qué estará haciendo Cándida?

Misterio.

Los misterios molan, ya que la peña se imagina cosas emocionantes y románticas.

Estar en La Rioja rodeada de viñedos, perros y abuelas no tiene nada de misterioso, emocionante ni romántico. Es simplemente patético.

—¿Te suicidas o no? —le soltó Alicia con muy mal gusto.

16

Cándida, rapidísima, le lanzó un zapato con bastante buena puntería porque se oyó un «ay». Algo más desfogada, se puso el pijama mientras leía de soslayo los comentarios de las amigas.

*CUCA - ¿Y Cándida?*

*SONIA - ¿Dónde está Cándida?*

*CARMELA - Está muy calladita*

*PEPA - ¿Sabéis algo?*

*NATALIA - Se lio con Garfunkel*

*SONIA - ¡¡¡¡Nooooo!!!!*

*NATALIA - ¡¡¡¡Sí!!!!*

*CUCA - ¿No era el novio de tu hermana?*

*NATALIA - Mi hermana ni flowers. Estaba fuera, de viaje.*

*PEPA - ¡Ke fuerte!*

*CARMELA - Foto, foto.*

*SONIA - ¡Uauuu! Está buenísimo*

Una media sonrisa de satisfacción se dibujó en la cara de Cándida.

Había acertado de lleno. Su ausencia suscitaba la curiosidad ajena.

Se había convertido en una leyenda.

Y se durmió con el móvil en la mano.

De buena mañana, encajonada en el coche que conducía a toda leche su madre, recibió un wasap de Cuca Según.

*CUCA - Noticia cutre. ¡Cándida está chafando uva en La Rioja!*

Al cabo de unos segundos el WhatsApp echaba humo.

*CARMELA - ¿Con Garfunkel?*

*CUCA - Con su abuela y sus hermanitos.*

*SONIA - Flipo.*

*CARMELA - No puede ser*

*CUCA - Lo juro*

*NATALIA - Pobre.*

*PEPA - No mola.*

*CUCA - Patético.*

*CARMELA - Es un pueblo de mala muerte.*

*NATALIA - ¡Cándida! ¡Desmiente plis!*

*SONIA - ¿Es cierto?*

Cándida se puso lila y Gustavo, que tenía el codo clavado en su esternón, gritó.

—¡Mamá, para! ¡Para el coche! ¡Cándida se está muriendo!

Lo parecía. Le faltaba aire, estaba a punto del colapso.

—¡¡Cándida, reacciona!!

Y reaccionó, por supuesto que reaccionó. Aunque a su manera, claro.

—¿Quién se fue de la lengua y dijo a Cuca Según que me iba a pasar las vacaciones al pueblo de la abuela?

Su madre no se inmutó y confesó sin ninguna muestra de arrepentimiento.

—Yo.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

—Me ha llamado esta mañana muy preocupada por ti. Quería saber si te pasaba algo y dónde estarías hoy. No hay para tanto.

El lila cedió al rojo intenso.

18

—¿Que no...? ¿Que no...? ¿Que no hay para tanto? ¿Y tú qué sabes si hay para tanto o no? ¡Me has estropeado la vida! ¿Te enteras? ¡Mi vida ya no tiene sentido! ¡No podré salir nunca más a la calle ni podré mirar a nadie más a la cara! Soy la persona más desgraciada del planeta y...

Su madre dijo lo único que podía decir.

—¡Calla, Cándida, calla!

Pero hacer callar a una adolescente contrariada es, a veces, un deseo imposible.